

das nuevos y estupendos milagros. Confirmaba á los fieles en la fe, pero convertia á pocos herejes. Quejóse un dia de esto á la santísima Virgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza; apareciósele la soberana Reina, y le dijo que para convertir á aquellos obstinados, predicase la devocion de su rosario. Obedeció el Santo: en vez de controversias comenzó á predicar el uso de esta santa devocion; enseñó al pueblo el espíritu y el modo con que la habia de rezar; esplicó los misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro. En poco tiempo tuvo Sto. Domingo el consuelo de ver convertidos mas de cien mil pecadores ó herejes. El ejército de los cruzados solo sirvió para endurecerlos mas; y su conversion fué efecto de la poderosa intercesion de la Madre de Dios por medio del santo rosario. Desde aquí se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre devocion, apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y continuamente aprobada con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los que saben aprovecharse bien de ellas.

A vista de las maravillas que obraba el Señor por medio de nuestro Santo, como de los asombrosos frutos que producía su zelo, se movieron muchas ciudades á pedirle por su obispo; pero su profunda humildad le desvió inmensa y constantemente de toda especie de prelación. Renunció un obispado en Galicia, otro en Bretaña, como también el de Cominges, Conserans y Beziers. Para aceptar el oficio de inquisidor de la fe fué menester un precepto del papa. A la verdad, le destinaba á mayores cosas la divina Providencia. Desde el año de 1207 le había inspirado Dios el plan de un instituto religioso, que tuviese por fin la predicación del Evangelio, la conversión de los herejes, la defensa de la fe y la propagación del cristianismo. Se había suspendido su ejecución por la muerte del santo obispo de Osma, con quien Domingo la había comunicado; pero Foulques, obispo de Tolosa, que pasaba al concilio Lateranense, se encargó de solicitar la aprobación del vicario de Cristo, y quiso que le acompañase á Roma nuestro Santo. Aunque el papa Inocencio III estaba muy resuelto á no multiplicar las religiones; habiendo visto en sueños á Sto. Domingo en ademán de que él solo estaba sosteniendo la iglesia de S. Juan de Letran, reconoció el dedo de Dios en el nuevo instituto, y le mandó que dispusiese las reglas y las constituciones. Murió á la sazón este gran pontífice, y con su muerte pareció haberse de impedir, ó á lo menos suspender el grande intento; pero su sucesor Honorio III creyó no podía

hacer mayor servicio á la Iglesia que aprobar el nuevo instituto, con el nombre de frailes predicadores; y el dia 22 de diciembre del año 1216 espidió la bula de confirmación. Este fué el nacimiento de aquella célebre religion, que ha hecho, y está haciendo cada dia tan señalados servicios á la Iglesia católica, habiendo dado al mundo cristiano siete papas, cuarenta y nueve cardenales, veinte y tres patriarcas, mil y quinientos obispos, seiscientos arzobispos, cuarenta y tres nuncios, sesenta y nueve maestros del sacro palacio, un prodigioso número de célebres doctores, de escritores sabios, y una estraordinaria multitud de santos, siendo uno de los mayores ornamentos de la Iglesia (*).

Esperimentó muy luego toda la cristiandad los maravillosos efectos de este importante socorro. Apenas se confirmó la nueva religion, cuando el santo fundador vió á sus hijos extendidos por toda la tierra, triunfando en todas partes de la herejía, y en todas introduciendo la reformation de las costumbres. Cuando llegó á Tolosa, tuvo el consuelo de hallar casi acabado el primer convento de su orden, á espensas de la liberalidad del obispo y del conde de Monfort. Persuadida la reina D.^a Blanca á que debía á la devocion del rosario, que la había aconsejado Sto. Domingo, el nacimiento de su hijo el rey S. Luis, le fundó en París otro convento.

Pasó de París á Metz, donde el Santo fundó uno, del que hizo prior al beato Estéban, su compañero, y desde allí tomó la vuelta de Italia. En este viaje fué cogido de unos bandoleros, que le trataron con la mayor indignidad; pero con su paciencia y con su dulzura los convirtió, moviéndoles á penitencia con sus exhortaciones. Llegando á Venecia con ánimo de ir personalmente á llevar la luz del Evangelio á los bárbaros al otro lado del Ponto Euxino, conoció la imposibilidad de la empresa, y contentándose con enviar algunos de sus hijos á Dalmacia, dejando á otros en Venecia para fundar un convento en aquella ciudad, tomó el camino de Roma. Fué recibido del papa Honorio con la ternura y con la veneración que eran debidas á su eminente santidad; y luego le dió la iglesia de S. Sixto con todas sus dependencias, para que fundase un convento: el Santo se la cedió á las monjas de su orden, y el convento de los frailes le fundó en la iglesia de Sta. Sabina, que también le había concedido el papa.

(*) Despues que se escribió esto, dió á la Silla apostólica otro papa, y se aumentó considerablemente el número de cardenales, arzobispos y obispos.

Aunque era tan grande su aplicacion á predicar al pueblo la palabra de Dios, no se limitaba precisamente á eso su zelo, extendiéndose tambien á reformar los palacios de los grandes. Encargóle el pontífice al cuidado del suyo, con el título de maestro del sacro palacio, dignidad que desde entonces hasta ahora se ha dado siempre á sugeto de la misma sagrada religion. Pero la paternal solicitud que dedicaba al gobierno de su santa familia, que en menos de cinco meses contaba muchas provincias, y en ellas muchos millares de religiosos, le obligó á emprender la visita general de toda ella. Dió principio por España; volvió á Francia; detúvose algunos meses en París, y desde allí envió algunos de sus frailes á Escocia; recorrió toda la Italia, predicando en todas partes con admiracion, viendo en todas florecer su orden con esplendor, y encontrando en todos los conventos religiosos de eminente santidad.

Vuelto á Bolonia hácia la cuaresma del año de 1220, convocó en aquella ciudad el primer capítulo general; formó en él reglas y leyes llenas de perfeccion, de sabiduría y de prudencia; hizo cuanto pudo para que se le exonerase del generalato, pero inútilmente; porque se vió precisado á ceder á las lágrimas y á los ruegos de sus hijos, y á continuar en las funciones de su empleo. Despues de haber visitado los conventos de la orden en el Estado eclesiástico, en la Toscana y en el Milanés, se restituyó á Bolonia á celebrar el segundo capítulo general. En este capítulo se dividió toda la religion en ocho provincias, que comprendian cincuenta y seis conventos: se eligieron para ellas ocho provinciales, hombres todos de estraordinaria virtud y de sobresaliente capacidad; y el Santo envió algunos de sus hijos á las provincias del Norte y del Oriente; entre otros destinó para Polonia al célebre S. Jacinto.

Llamaban á Domingo el Taumaturgo de su siglo, á vista de los muchos milagros que obraba Dios por sus méritos y por su intercesion. Dotado del don de lenguas y del de profecia, renovó en estos últimos tiempos las mismas maravillas que se admiraron en los primeros siglos de la Iglesia. Estaba enfermo un hijo de una señora romana, llamada Goutadona; dejóle solo la madre por ir á oír al Santo, y cuando volvió del sermón le encontró muerto. No se turbó ni se afligió la piadosa señora por aquel suceso; antes llena de confianza en Sto. Domingo, tomó el niño en sus brazos, y ella misma le llevó y le puso á los pies del Santo, que compadecido de aquel accidente, despues de una breve oracion, tomó al cadáver por la mano, y se le entregó vivo á su madre. Estaba un dia visitando al cardenal Estéban, á

cuyo cuarto habian concurrido tambien otros dos cardenales, cuando de repente entraron á decir al cardenal que su sobrino Napoleon acababa de morir desgraciadamente, precipitado de un caballo. Al oír el tio tan funesta noticia cayó desmayado en los brazos de nuestro Santo. Trajeron el cadáver al palacio del cardenal; púsose Domingo en oracion; fué oído; resucitó el joven; y él mismo, lleno ya de salud, fué á dar esta alegre noticia á su afligido tio. Trabajando en el convento de S. Sixto, quedó estrellado y sepultado un oficial debajo de una pared que se desplomó sobre él; y Sto. Domingo le restituyó luego la vida á vista de toda Roma. Siendo tan poderoso en obras y en palabras, no es de maravillar que cuando salia en público le cortasen á porfia alguna parte del hábito ó de la capa.

Estaba tan acostumbrado á las frecuentes visitas de Jesucristo y de la santísima Virgen, que su oracion era un éstasis continuo. Apareciósele en una ocasion el Salvador irritado por la disolucion general de las costumbres, y á punto de sacrificar á su justicia todos los pecadores; pero la Madre de misericordia puso delante de su Hijo á Domingo y á otro fiel siervo suyo, pidiéndole se apiadase de los que le ofendian en consideracion de aquellos dos justos. El mismo dia encontró nuestro Santo á S. Francisco, y conoció ser el mismo que la Virgen habia presentado con él á su enojado Hijo, estrechándose desde aquel dia una santa y tierna union entre los corazones de los dos grandes patriarcas.

Habia tiempo que le iban faltando las fuerzas á Domingo, consumidas á violencia de los ardores del divino amor, y debilitadas al rigor de sus penitencias y al incesante trabajo de sus apostólicas fatigas, cuando el cielo le consoló con el alegre aviso del dichoso momento en que habia de dar principio á su eterna felicidad. Su postrera enfermedad no fué prolija, pero fué ejemplar. Su paciencia, su dulzura, su alegría y su devocion admiraban y enternecian á sus hijos, que estaban inconsolables, viéndose en vísperas de perder á su amantísimo padre. En fin, habiéndolos consolado y exhortado á la exacta observancia de sus reglas, quiso morir tendido en la ceniza; y un viernes 6 de agosto de 1221 rindió su bienaventurado espíritu á su Criador, siendo sólo de cincuenta y un años de edad, pero colmado de merecimientos. Hallóse el santo cuerpo ceñido con una cadena de hierro. Fueron sus funerales como preludio de su canonizacion. El cardenal Hugolino, legado de la santa Sede, y despues papa con el nombre de Gregorio IX, hizo la ceremonia de la sepultura, acompañado del patriarca de Aquileya y de otros muchos obispos; pero la multitud de milagros que el Señor obraba cada dia en su

glorioso sepulcro, no dió lugar á que estuviere por mucho tiempo enterrado aquel precioso tesoro. Doce años despues de su muerte fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y otros dos despues el papa Gregorio IX, que habia sido testigo ocular de las principales acciones de los últimos años de su vida, y se habia hallado presente cuando resucitó á Napoleon, le canonizó solemnemente el día 13 de julio del año 1224 con las ceremonias acostumbradas. Por caer en el día de su muerte la fiesta de la Tránsito del Señor, se fijó al día 4 de agosto la de Sto. Domingo de órden espresa del papa Paulo IV.

La misa es en honor de Sto. Domingo, y la oracion la siguiente:

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los méritos y con la doctrina del bienaventurado Sto. Domingo tu confesor; concédenos, que por su intercesion nunca sea destituida de los auxilios temporales, y aproveche cada dia mas en los aumentos espirituales. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Para predicar es menester estudio, ciencia y talento; mas para predicar con fruto todavia es mas necesario virtud, paciencia y

zelo. Los errores del entendimiento son la mayor prueba de estar corrompido el corazon del hombre. Aquellas tinieblas siempre nacen de un mal fondo. Son de mala calidad los vapores ó las nieblas que las ocasionan, y no es fácil disiparlas; porque el corazon tiene siempre mucha parte en el desvario intelectual de los herejes. Producele la pasion, y ella misma le sostiene. Es menester mucho zelo para emprender la cura de un ciego voluntario; sobre el zelo se necesita mucha habilidad, mucha paciencia y aun mucha mayor virtud. El primer efecto que causa el voluntario error, es hacer ingrata y desapacible la verdad; este disgusto siempre es señal de que el alma está desconcertada y enferma. No sería incurable el mal, si quisiera sanar el enfermo; pero la obstinacion es el constitutivo esencial de la herejía, así como la herejía siempre es hija del orgullo. Es mortal la enfermedad, y por consiguiente dificultosa la cura, para la cual se necesita una mano hábil, sabia, que insista, y no se desaliente. Se ha de predicar la verdad sin disimulo, pero con blandura; se ha de clamar contra el error y contra el vicio con zelo, pero sin amargura y sin pasion. El alma de nuestro zelo ha de ser siempre una caridad pura, sincera y distante de toda afectacion. Son pocos los herejes de algun entendimiento que no estén convencidos; pero son muchos menos los que se convierten, porque no siempre está en el entendimiento la causa del mal. Mas persuade un predicador con los ejemplos, que con las palabras y con los discursos: á éstos bien ó mal se puede replicar; pero aquéllos no admiten réplica. Cuando la santidad de la doctrina no se sostiene con la santidad de la vida, alumbran poco sus rayos, porque despiden una luz muy débil y medio amortiguada. El porte del predicador ha de preocupar los ánimos en favor de su moral. Antes que Cristo comenzase á predicar, comenzó á obrar. La vida delicada, mundana y poco mortificada de un predicador, debilita estráñamente su elocuencia. Ninguno se persuade á que él mismo cree lo que predica, cuando le ven hacer todo lo contrario de lo que dice.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el Señor los hallare velando. En verdad os digo, que

se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto: que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladron, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la palabra de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nunca se anunció la palabra de Dios en el cristianismo con mayor frecuencia que en nuestros dias; pero es igualmente cierto que nunca fué mas estéril ni fructificó menos entre los cristianos este divino grano, sembrado con tanta abundancia en el campo de la Iglesia. ¿Cuál será la causa de esta esterilidad de la palabra de Dios, y á quién se deberá imputar? ¿á la misma palabra que se siembra? ¿á los predicadores que la derraman? ¿ó á los oyentes que la reciben? Atribuirlo á la misma palabra de Dios, sería injusticia; porque no tiene hoy menos virtud que tenia en tiempo de los apóstoles, cuando un solo sermón de S. Pedro convirtió á tres mil personas. ¿Serian causa de este desórden los predicadores? Bien puede ser; pues como dice el Apóstol, hay algunos que la tienen cautiva; otros que la hacen mercenaria, y que, por decirlo así, comercian con ella para granjear no sé qué concepto y vana reputacion. Tambien es posible que las costumbres de algunos se opongan á la doctrina que predicán. Pero en medio de eso, no tiene Dios aligada la eficacia de su palabra ni al mérito, ni á la santidad de los predicadores; ella obra por su propia virtud, sin depender de la intencion del ministro. Si estos la profanan, á sí mismos se pervierten; mas no porque se perviertan á sí, dejan de santificar á otros. Como el terreno sea de buena calidad, y esté bien cultivado, poco influye en su fertilidad la habilidad del sembrador. Luego si la palabra de Dios fructifica tan poco en nuestros corazones, á nosotros mismos nos debemos echar la culpa. ¡Pero cuántas reflexiones debemos hacer, y cuántas consecuencias debemos sacar de esta lastimosa esterilidad! Predicóse esta misma divina palabra á los gentiles mas obstinados, á los mas corrompidos, y se convirtieron. Predicase el día de hoy á las naciones mas groseras, á las mas bárbaras, y se convierten. Predicansenos á nosotros las mismas verdades, los mismos dog-

mas, la misma doctrina, ¿y cuántas conversiones se ven? Una vez convencido el entendimiento, presto se reforma el corazon; y á esta reforma se sigue como efecto necesario la mudanza de las costumbres. Sin duda que es muy poco dócil nuestro entendimiento, y que no debemos de creer nada de lo que se nos predica, cuando es tan poca nuestra enmienda; y si no lo creemos, ¿por qué nos llamamos fieles?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que esta inutilidad ó esterilidad de la palabra de Dios, parece que sólo puede nacer de tres principios; ó de que no se gusta de ella, ó de que se abusa de ella, ó de que se resiste á ella. No se gusta de la palabra de Dios; este es el defecto ordinario de las almas tibias. Se abusa de la palabra de Dios; este es el vicio de las almas vanas. Se resiste á la palabra de Dios; este es el carácter de los pecadores empedernidos. El disgusto es indicante del desconcierto interior, de la enfermedad habitual de un alma á quien Dios comienza á arrojar de su corazon; si ya, por desgracia suya, no la ha arrojado de él. Cuando se tiene hambre espiritual de un manjar tan necesario y tan exquisito, es señal de buena salud en el alma; como lo es en el cuerpo el hambre de los alimentos sólidos y sustanciales que le acomodan; pero al contrario, el hastío y la repugnancia á estos, tanto en el alma como en el cuerpo, son indicante de cercana muerte. El abuso de la palabra de Dios es una profanacion tanto mas torpe y aun tanto mas sacrilega, cuanto toma por asunto el medio mas seguro, y acaso el remedio mas eficaz que tiene Dios para convertirnos. Resistirse á la palabra de Dios es resistir al mismo Espíritu Santo; es como obstinarse en rebatir todas las mas fuertes impresiones de la gracia. ¿Qué esperanza puede quedar á la conversion de un pecador, cuando él mismo sufoca y apaga la luz que le podia alumbrar, el sagrado fuego que le podia encender, y los espíritus que le podian dar vigor, sin lo cual es inevitable la muerte del alma? El único recurso que le restaba á este pobre pecador era la palabra de Dios. Los primeros no la oyen, porque no gustan de ella. Los segundos la oyen, mas no como palabra de Dios, y por eso abusan de ella. Los terceros la oyen, y la oyen como palabra de Dios; pero no la quieren practicar, y por eso la resisten. Señor, ¡qué mayor ceguedad! No hay desórden mas comun ni mas universal. ¡Cuántas veces no has querido oír la palabra de Dios! este disgusto prueba el mal estado de tu alma; ¿pero te ha dado alguna pena? ¡Cuántas oíste la palabra de Dios sin sacar fruto de ella! y un abuso que tanto te debiera atemorizar, ¿te ha dado algun cuidado? ¡Cuántas re-